Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
2	9	8	1	4	0
2	6	5	7	1	0
9	6	1	8	0	3
1	8	5	9	0	3
8	4	9	3	0	2

SOLUCION / Pág. 4



Verano'12

TRES LLAVES

(*Por Marcos González Cezer*) Había dicho que no iba a terminar así. "¿Cómo hacer para demostrarte cuánto te quiero?", se preguntaba casi adolescente en una carta ya ajada. Ahora, en las calles del barrio recuerdan su silueta. Dicen que está tocando el saxo y que viaja cada quince días a una provincia.

—¿Para qué viaja?

—Asistencialismo —se escuchó decir. Así le dicen ahora a la ayuda al pobrerío.

Desengañada, repite a quien quiera oírla: "Ma' sí, que se venga la fin del mundo", casi siempre con una cerveza cerca de su boca, hambrienta como pocas en la ciudad.

Días atrás, entregó unas bolsas con libros y discos, una campera de cuero negra y documentos políticos que ahora parecen piezas arqueológicas. "Ya sabés, esas cosas de la liberación y la dependencia", dijo hastiada. También dejó un manojo de llaves. Exactamente tres. Esas que durante meses abrieron puñaladas de fiestas y sexo descontrolado, de espaldas arqueadas hasta el límite, sonrisas.

Dicen que se la ve intentando rearmar su vida: bucea en sábanas ajenas. Ella, tan independiente, busca frenéticamente gotas de caricia. Sólo eso, porque "nadie es indispensable".

Con desenfado muestra sus piernas a los hambrientos de la jungla urbana. Tipejos casi perfectos, de corazón de metal y ojos de huesos, que jamás le regalaron un ramo de jazmines. Una antigüedad. Sólo los románticos hacen eso.

La autopista deja ver las llaves. Con ellas dejó las calles y sus bandas, el rocanrol y la furia y el fútbol y su submundo. Bares y tugurios. Por meses, nadie la vio, la ciudad enloquecida se la había tragado. Ella gimoteaba con su flamante amor.

Cerca de la playa, en un bar, tocó con una banda y ahí fueron sus nuevos amigos. No había lobos intentando treparla, sólo atildados profesionales sin tracción a sangre, esos que a ella le encantaban.

Sin embargo, después del show tal vez bebió demasiado y viajó.

En aquella derruida cama gimoteó, drogada de fiesta, endemoniada. Le dio un beso y miró el cuarto "Qué bárbaro", dijo y apagó el velador que compró hace dos años. De las tres llaves, colgadas junto al banderín de River, danzaba su corpiño.



LOS MONSTRUOS

Por Eduardo Berti

Eduardo Berti nació en Buenos Aires en 1964. Desde 1983 trabajó en varios medios locales y actualmente es redactor de **Página/12**. Publicó dos ensayos sobre música: "Spinetta, crónica e iluminaciones" (1988) y "Rockología" (1989). "Los monstruos" es un cuento inédito.

Papá apareció con la chaqueta al hombro, colgando del pulgar. Venía del restorán que puso en Caracas bajo el nombre de "Parrilla las pampas" y preguntó si estábamos listos para pasar la Navidad; nos había reservado una mesa en su propio restorán una gran mesa, la mejor, al lado del ventanal. Papá olía a perfume recién esparcido en el cuerpo. Brindamos por la Navidad y el Año Nuevo, aunque yo odio los fines de año; tenía doce cuando aprendí que sólo esa fecha puede provocar tal desolación; acabábamos de abandonar a papá para instalarnos en el pequeño departamento de la calle Estados Unidos, todos los flamantes vecinos habían huido de sus ambientes tres por tres para recibir 1982 desde el hogar más amplio de algún pariente o algún amigo, y entre los estruendos de petardos pudimos oír las voces de las casas contiguas a través de las paredes. Recuerdo que mamá y yo pasamos aquella tarde ordenando vestidos, jeans, remeras y zapatillas en el armario, mientras nos preguntábamos cómo llegar despiertos a medianoche, porque para esa hora habíamos pactado un brindis.

Yo era un niño pero igual advertía el alboroto en mi familia. Cuando mamá dijo que se iba de casa y me llevaba consigo, papá marchó a Venezuela, creo que avergonzado ante el descubrimiento. Adela me explicó, sin embargo, que había viajado por razones de trabajo. ¿Quién era Adela? Era la cocinera y también el ama de llaves: la niñera y también la planchadora y lavandera; mamá nunca hacía las tareas de la casa. Antes de partir a Caracas papá debió despedirla. Luego vendió la casa de Palermo y nos dejó aquel departamento donde mamá y yo pronto comenzamos a recibir llamadas de hombres preguntando por una tal Vilma. Respondí una vez "con qué número desea hablar", y un vozarrón pronunció el número correcto. ¿Quién era Vilma? Recién pude saberlo tiempo después.

La tarde anterior a la mudanza escuché a hurtadillas cómo mamá hablaba con tía Sara por teléfono y mencionaba el juicio por primera vez.

Ahora entiendo por qué nunca hablaba mucho de eso, dijo mamá.

Mamá dijo sí.

Claro, dijo mamá, sí.

Hablé con el abogado, dijo.

Sí, lo mismo que opinabas vos, dijo mamá.

Un engaño, mamá dijo, una estafa, dijo.

Mis compañeros de colegio me llamaban el monstruo Lucas debido a mi gigantesca nariz ganchuda, culpa del sobrehueso. Me perseguían en los recreos para acorralarme y desempolvar espejos que enarbolaban como crucifijos ante mi rostro. "Mirate, monstruo, no tengas miedo". Mamá me escuchaba contar entre lágrimas aquellas historias del colegio, pero nunca dijo que mis compañeros exageraban o que no era yo tan feo.

Luego de ordenar la ropa en el armario comprobé, recorriendo cada piso, que el edificio todo estaba desierto. Qué siniestro placer llamar a las puertas de madera con furia y oír el retumbar de mis golpes en los departamentos cerrados; cada uno devolvía un eco distinto. Un extraño rumor me asustó en el último piso y me alejé corriendo, sin llamar. Cuando volví mamá había encendido la tevé y en la pantalla un locutor presentaba a dos mujeres que parecían mellizas. Yo nunca había visto algo así. Abrían sus bocas en un gesto de casi besarse; una volcaba un grito contra el paladar de la otra, empleando las entrañas de su hermana como caja de resonancia, acallándola, imponiéndole una voz ajena. Era igual al viento que abre de improviso una ventana para lanzar sobre las cosas un quejido que no es suyo pero resuena en ellas.

Quedamos en silencio frente al televisor. "Mamá, ¿qué es eso del juicio?", pregunté al fin. Sacudió el pelo y no dijo nada. "Tu padre cometió un engaño con ella", me había explicado Adela. Así supe lo de la cirugía plástica. "Su verdadera nariz era como la tuya, ¿entendés, Lucas?". A Adela le costaba explicarse sin ofender mi nariz y mi fealdad, pero sostenía que al ocultar su operación papá había estafado a mi madre. Un defecto ominoso, el del abuelo cuyas fotos nadie había visto, el mío, el de papá antes de operarse, el sobrehueso de una familia de monstruos era la condena que pagaba mamá por no haber descubierto a tiempo el s
creto; eso fue lo último que dijo Adela a
tes de irse para siempre de casa.

Muchas veces insistió mamá en los añ
siguientes para que yo visitara a papá en V
nezuela. Sentí que ella buscaba ponerme ot
vez frente a él con el propósito de que mi ca
le recordase a papá el linaje de familia,
nariz, la infamia cometida.

Acepté viajar al cumplir dieciséis. En
aeropuerto de Caracas hacía un calor ago
biante. Papá fue a recogerme a bordo de u
gran auto blanco y me llevó hasta su casa e
la ciudad, toda una mansión, donde fui pr
sentado a una mujer y un niño gordito d
cuatro a cinco años. Comprendí que mam
me había ocultado muchos datos sobre la v
da de mi padre en Venezuela. "Ella es Vi
ma", dijo papá y debí saludar a la mujer
"Y él es Cristian, tu hermano; dénse un be
so", agregó. Miré a Cristian con perplejidad
Me sorprendía saber que tenía un medio her
mano en otro lugar del mundo pero aún má
que su nariz fuese pequeña y respingada co
mo la de Vilma. No pude evitar considerar
lo algo parecido a un hijo de segunda en cu

LOS MONSTRUOS

Por Eduardo Berti

Eduardo Berti nació en Buenos Aires en 1964. Desde 1983 trabajó en varios medios locales y actualmente es redactor de **Página/12**. Publicó dos ensayos sobre música: "Spinetta, crónica e iluminaciones" (1988) y "Rockología" (1989). "Los monstruos" es un cuento inédito.

Papá apareció con la chaqueta al hombro, colgando del pulgar. Venía del restorán que puso en Caracas bajo el nombre de ''Parrilla las pampas'' y preguntó si estábamos listos para pasar la Navidad; nos había reservado una mesa en su propio restorán una gran mesa, la mejor, al lado del ventanal. Papá olía a perfume recién esparcido en el cuerpo. Brindamos por la Navidad y el Año Nuevo, aunque yo odio los fines de año; tenía doce cuando aprendí que sólo esa fecha puede provocar tal desolación; acabábamos de abandonar a papá para instalarnos en el pequeño departamento de la calle Estados Unidos, todos los flamantes vecinos habían huido de sus ambientes tres por tres para recibir 1982 desde el hogar más amplio de algún pariente o algún amigo, y entre los estruendos de petardos pudimos oír las voces de las casas contiguas a través de las paredes. Recuerdo que mamá y yo pasamos aquella tarde ordenando vestidos, jeans, remeras y zapatillas en el armario, mientras nos preguntábamos cómo llegar despiertos a medianoche, porque para esa hora habíamos pactado un brindis.

Yo era un niño pero igual advertía el alboroto en mi familia. Cuando mamá dijo que se iba de casa y me llevaba consigo, papá marchó a Venezuela, creo que avergonzado ante el descubrimiento. Adela me explicó, sin embargo, que había viajado por razones de trabajo. ¿Quién era Adela? Era la cocinera y también el ama de llaves: la niñera y también la planchadora y lavandera; mamá nunca hacía las tareas de la casa. Antes de partir a Caracas papá debió despedirla. Luego vendió la casa de Palermo y nos dejó aquel departamento donde mamá y yo pronto comenzamos a recibir llamadas de hombres preguntando por una tal Vilma. Respondí una vez ''con qué número desea hablar'', y un vozarrón pronunció el número correcto. ¿Quién era Vilma? Recién pude saberlo tiempo después.

La tarde anterior a la mudanza escuché a hurtadillas cómo mamá hablaba con tía Sara por teléfono y mencionaba el juicio por primera vez.

Ahora entiendo por qué nunca hablaba mucho de eso, dijo mamá.

Mamá dijo sí.

Claro, dijo mamá, sí.

Hablé con el abogado, dijo.

Sí, lo mismo que opinabas vos, dijo mamá.

Un engaño, mamá dijo, una estafa, dijo.

Mis compañeros de colegio me llamaban el monstruo Lucas debido a mi gigantesca nariz ganchuda, culpa del sobrehueso. Me perseguían en los recreos para acorralarme y desempolvar espejos que enarbolaban como crucifijos ante mi rostro. ''Mirate, monstruo, no tengas miedo''. Mamá me escuchaba contar entre lágrimas aquellas historias del colegio, pero nunca dijo que mis compañeros exageraban o que no era yo tan feo.

Luego de ordenar la ropa en el armario comprobé, recorriendo cada piso, que el edificio todo estaba desierto. Qué siniestro placer llamar a las puertas de madera con furia y oír el retumbar de mis golpes en los departamentos cerrados; cada uno devolvía un eco distinto. Un extraño rumor me asustó en el último piso y me alejé corriendo, sin llamar. Cuando volví mamá había encendido la tevé y en la pantalla un locutor presentaba a dos mujeres que parecían mellizas. Yo nunca había visto algo así. Abrían sus bocas en un gesto de casi besarse; una volcaba un grito contra el paladar de la otra, empleando las entrañas de su hermana como caja de resonancia, acallándola, imponiéndole una voz ajena. Era igual al viento que abre de improviso una ventana para lanzar sobre las cosas un quejido que es suyo pero resuena en ellas.

Quedamos en silencio frente al televisor. ''Mamá, ¿qué es eso del juicio?'', pregunté al fin. Sacudió el pelo y no dijo nada. ''Tu padre cometió un engaño con ella'', me había explicado Adela. Así supe lo de la cirugía plástica. ''Su verdadera nariz era como la tuya, ¿entendés, Lucas?''. A Adela le costaba explicarse sin ofender mi nariz y mi fealdad, pero sostenía que al ocultar su operación papá había estafado a mi madre. Un defecto ominoso, el del abuelo cuyas fotos nadie había visto, el mío, el de papá antes de operarse, el sobrehueso de una familia de monstruos era la condena que pagaba mamá por no haber descubierto a tiempo el secreto; eso fue lo último que dijo Adela antes de irse para siempre de casa.

Muchas veces insistió mamá en los años siguientes para que yo visitara a papá en Venezuela. Sentí que ella buscaba ponerme otra vez frente a él con el propósito de que mi cara le recordase a papá el linaje de familia, la nariz, la infamia cometida.

Acepté viajar al cumplir dieciséis. En el aeropuerto de Caracas hacía un calor agobiante. Papá fue a recogerme a bordo de un gran auto blanco y me llevó hasta su casa en la ciudad, toda una mansión, donde fui presentado a una mujer y un niño gordito de cuatro a cinco años. Comprendí que mamá me había ocultado muchos datos sobre la vida de mi padre en Venezuela. ''Ella es Vilma'', dijo papá y debí saludar a la mujer. ''Y él es Cristian, tu hermano; dénse un beso'', agregó. Miré a Cristian con perplejidad. Me sorprendía saber que tenía un medio hermano en otro lugar del mundo pero aún más que su nariz fuese pequeña y respingada como la de Vilma. No pude evitar considerarlo algo parecido a un hijo de segunda en cuya cara no se había labrado el sello de familia, y así se lo dije a papá esa misma noche. ''¿De qué hablás, Lucas?'' Sólo respondí: ''La nariz... la familia, vos sabés''. Me miró con ojos confundidos y la charla enseguida derivó hacia otras cuestiones. ¿Disimulaba? Yo estaba dispuesto a perseverar. Tenía un sueño, también: volver de Venezuela con la foto de papá joven y su antigua cara, el trofeo mayor.

Vilma era argentina y había emigrado a Venezuela con papá; significaba que había vivido en la calle Estados Unidos, mantenida como amante, acosada por otros hombres cuyas voces conocía yo, hasta aquella mudanza a fines de 1981. Nos caímos antipáticos desde un principio. Por las tardes, tomando el té, esperábamos que Cristian volviera del jardín y papá de la empresa que administraba además del restorán y sobre la cual Vilma se empecinaba en decir ''no tengo idea de qué se trata ese negocio''. Tenía Vilma esa maldita costumbre de limarse las uñas todo el tiempo. Sentía tanto desprecio por ella que le conté la historia de la operación de papá con gran placer. Dije que Cristian había nacido lindo de casualidad y que un próximo hijo les saldría aún más feo que yo. Pero Vilma, sin creer una palabra, me pegó tal cachetada que todavía recuerdo el impacto de su mano.

Por la noche papá visitó mi cuarto. Yo estaba leyendo en cama, él se sentó a mi lado y el colchón y los tirantes lanzaron un quejido. Antes de que comenzara a retarme le pedí que admitiera todo. ''Cristian nació con esa nariz linda por casualidad. Vas a ver si tenés otro hijo'', le advertí. ''Vilma no puede tener otro hijo'', respondió. Le dije que lo sentía, pero mentira, no lo sentía nada. ''Entonces yo dudo de que Cristian sea hijo tuyo...'', solté. Había recordado aquel vozarrón en el teléfono, preguntando por Vilma, y me descontrolé. Papá enfureció y apretó los puños, pero no quiso mostrarse violento; al fin y al cabo estaba recuperando un hijo. Creo que si papá no se hubiese visto extraño o incómodo conmigo, ese día habría recibido dos cachetadas en menos de tres horas.

''Lucas, ¿quién te contó esa historia? Fue mamá, ¿no es cierto?''. Prometí que iba a confesarlo a condición de que enseñara una foto del abuelo. Lo miré con cara de ''ahí te agarré''; esperaba derrotarlo con las armas que me había proporcionado Adela. ''¿Una foto del abuelo?'', titubeó papá. Llevó la mano derecha al bolsillo del chaleco gris y extrajo un portadocumento donde guardaba, en efecto, un retrato del abuelo Leopoldo. Su nariz era normal en absoluto. Se parecía incluso a la de Cristian. ''Es la única foto que conservo'', dijo papá algo emocionado. Me hundí bajo las mantas y envolví mi cabeza con la almohada. ''Andate'', le ordené.

Todo había sido un estúpido invento de Adela... Había existido un juicio entre mis padres, sí, pero no por narices sino por dinero y propiedades. ''Ella cree que la estafé con su dinero'', explicó papá días después. El estafado era yo. El defecto en mi nariz dejó de parecerme el orgullo de un linaje para ser un triste sobrehueso en el sitio indebido. ¿Había sido ésta, tal vez, la venganza de Adela al verse despedida?

''Feliz Navidad'', brindaron Vilma y papá en la ''Parrilla las pampas''. Se acercaban las doce y Cristian dormitaba en una silla. ''Brindemos por algo; pidamos un deseo'', sugirió Vilma. Me quedé estudiando su sonrisa idiota. ¿Qué veía papá en esa mujer? ¿Por qué se había separado de mamá para tolerar a alguien así? Me decepcionaba. No era mi padre el heredero de una familia de monstruos que arrastrase un defecto desde la Edad Media, así como la realeza arrastra sus títulos a través de la historia. ''¿Y vos por qué brindás, Lucas?''. No lo dije en voz alta porque habría estropeado la velada pero imaginé que acaso yo podría fundar esa familia de monstruos, ocultando mi defecto.

Aquella cena vi a los tres por última vez. Años después, ya de regreso en Buenos Aires y el mismo día que supe del choque que postró a Vilma en una silla de ruedas, crucé a Adela por la calle. No me vio. Caminaba encorvada con ayuda de un bastón, lo que era una novedad. Parecía bastante mal de salud; se había arruinado y sentí algo patético al verla alejarse entre la gente. La seguí una, dos cuadras a una distancia temerosa, prudencial. Me preguntaba de qué podríamos hablar si es que resolvía alcanzarla. La vi detenerse entre jadeos y cambiar de mano el bastón; por un instante nuestras miradas se cruzaron. Ella frunció el ceño y en su cara advertí el atisbo de una duda. Luego apoyó el bastón y reanudó la marcha. Pensé que había fingido no reconocerme pero recapacité enseguida: yo mismo no me acostumbraba a mi nueva nariz, tan reciente la operación. Hasta los viejos amigos titubeaban antes de saludarme; era lógico que Adela siguiera andando sin siquiera una sospecha. No obstante, casi sentí el impulso de abordarla y gritarle ''soy yo, soy yo; ninguna cirugía podría acabar con el monstruo que fui y aún llevo agazapado en la sangre''.

Jueves 16 de enero de 1992



ya cara no se había labrado el sello de familia, y así se lo dije a papá esa misma noche. "¿De qué hablás, Lucas?" Sólo respondí: "La nariz... la familia, vos sabés". Me miró con ojos confundidos y la charla enseguida derivó hacia otras cuestiones. ¿Disimulaba? Yo estaba dispuesto a perseverar. Tenía un sueño, también: volver de Venezuela con la foto de papá joven y su antigua cara, el trofeo mayor.

Vilma era argentina y había emigrado a Venezuela con papá; significaba que había vivido en la calle Estados Unidos, mantenida como amante, acosada por otros hombres cuyas voces conocía yo, hasta aquella mudanza a fines de 1981. Nos caímos antipáticos desde un principio. Por las tardes, tomando el té, esperábamos que Cristian volviera del jardín y papá de la empresa que administraba además del restorán y sobre la cual Vilma se empecinaba en decir "no tengo idea de qué se trata ese negocio". Tenía Vilma esa maldita costumbre de limarse las uñas todo el tiempo. Sentía tanto desprecio por ella que le conté la historia de la operación de papá con gran placer. Dije que Cristian había nacido lindo de casualidad y que un próximo hijo les saldría aún más feo que yo. Pero Vilma, sin creer una palabra, me pegó tal cachetada que todavía recuerdo el impacto de su mano.

Por la noche papá visitó mi cuarto. Yo estaba leyendo en cama, él se sentó a mi lado y el colchón y los tirantes lanzaron un quejido. Antes de que comenzara a retarme le pedí que admitiera todo. "Cristian nació con esa nariz linda por casualidad. Vas a ver si tenés otro hijo", le advertí. "Vilma no puede tener otro hijo", respondió. Le dije que lo sentía, pero mentira, no lo sentía nada. "Entonces yo dudo de que Cristian sea hijo tuyo...", solté. Había recordado aquel vozarrón en el teléfono, preguntando por Vilma, y me descontrolé. Papá enfureció y apretó los puños, pero no quiso mostrarse violento; al fin y al cabo estaba recuperando un hijo. Creo que si papá no se hubiese visto extraño o incómodo conmigo, ese día habría recibido dos cachetadas en menos de tres horas.

"Lucas, ¿quién te contó esa historia? Fue mamá, ¿no es cierto?". Prometí que iba a confesarlo a condición de que enseñara una foto del abuelo. Lo miré con cara de "ahí te agarré"; esperaba derrotarlo con las armas que me había proporcionado Adela. "¿Una foto del abuelo?", titubeó papá. Llevó la mano derecha al bolsillo del chaleco gris y extrajo un portadocumento donde guardaba, en efecto, un retrato del abuelo Leopoldo. Su nariz era normal en absoluto. Se parecía incluso a la de Cristian. "Es la única foto que conservo", dijo papá algo emocionado. Me hundí bajo las mantas y envolví mi cabeza con la almohada. "Andate", le ordené.

Todo había sido un estúpido invento de Adela... Había existido un juicio entre mis padres, sí, pero no por narices sino por dinero y propiedades. "Ella cree que la estafé con su dinero", explicó papá días después. El estafado era yo. El defecto en mi nariz dejó de parecerme el orgullo de un linaje para ser un triste sobrehueso en el sitio indebido. ¿Había sido ésta, tal vez, la venganza de Adela al verse despedida?

"Feliz Navidad", brindaron Vilma y papá en la "Parrilla las pampas". Se acercaban las doce y Cristian dormitaba en una silla. "Brindemos por algo; pidamos un deseo", sugirió Vilma. Me quedé estudiando su sonrisa idiota. ¿Qué veía papá en esa mujer? ¿Por qué se había separado de mamá para tolerar a alguien así? Me decepcionaba. No era mi padre el heredero de una familia de monstruos que arrastrase un defecto desde la Edad Media, así como la realeza arrastra sus títulos a través de la historia. "¿Y vos por qué brindás, Lucas?". No lo dije en voz alta porque habría estropeado la velada pero imaginé que acaso yo podría fundar esa familia de monstruos, ocultando mi defecto.

Aquella cena vi a los tres por última vez. Años después, ya de regreso en Buenos Aires y el mismo día que supe del choque que postró a Vilma en una silla de ruedas, crucé a Adela por la calle. No me vio. Caminaba encorvada con ayuda de un bastón, lo que era una novedad. Parecía bastante mal de salud; se había arruinado y sentí algo patético al verla alejarse entre la gente. La seguí una, dos cuadras a una distancia temerosa, prudencial. Me preguntaba de qué podríamos hablar si es que resolvía alcanzarla. La vi detenerse entre jadeos y cambiar de mano el bastón; por un instante nuestras miradas se cruzaron. Ella frunció el ceño y en su cara advertí el atisbo de una duda. Luego apoyó el bastón y reanudó la marcha. Pensé que había fingido no reconocerme pero recapacité enseguida: yo mismo no me acostumbraba a mi nueva nariz, tan reciente la operación. Hasta los viejos amigos titubeaban antes de saludarme; era lógico que Adela siguiera andando sin siquiera una sospecha. No obstante, casi sentí el impulso de abordarla y gritarle "soy yo, soy yo; ninguna cirugía podría acabar con el monstruo que fui y aún llevo agazapado en la sangre".

LA PORTADORA

10. El carrusel

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

No es calesita de plaza sino carrusel de sueño, altísimo, música y lucecitas, donde el puente de trenes cruza la avenida de trazos de luz. Viviana vuelve a ser una nena al alzar la cabeza para mirarlo. Pero ella tiene los zapatos embarrados y el pelo mojado por la lluvia porque ha llegado corriendo, escapando sola desde el lago.

El lago de la ciudad de la mentira es, en realidad, una laguna artificial. En un auto estaban Claudio y Viviana frente al lago. Llovía; los cristales, empañados por dentro, daban intimidad. Claudio le hablaba a Viviana de que le había hablado a Marta de Viviana. Claudio hablaba para que no hubiera engaño u ocultamiento, pero entonces su sexo incomprensible se ponía duro, y él, sintiéndose falso, trataba de que Viviana no lo advirtiera. Lo nuestro es demasiado importante, decía Claudio, es demasiado importante como para ocultarlo. Viviana no hablaba; con el dedo índice de la mano izquierda dibujaba un pequeño círculo en el parabrisas empañado.

Marta, claro, no lo tomó bien, decía Claudio con las manos en el volante. Viviana dibujaba bajo el círculo un palito que era el cuerpo y unas rayitas que eran las piernas, los brazos y el pelo de una muñeca.

—Preguntó cómo te contagiaste —dijo Claudio.

Viviana no contestó. Claudio aferraba el volante como en una curva peligrosa, con el sexo duro, ridículo, en secreto. Los ojos de Viviana se entrecerraban en lo oscuro.

El miró hacia la sombra que era ella. No podía saber si Viviana lo miraba. El sexo de él estaba flojo ahora, y en su pecho había un nudo. Viviana murmuró algo.

—¿Cómo? —preguntó él. Ella no respondió; respiraba breve, como si aun el aire pudiese contener peligros. Claudio insistió en la pregunta, y Viviana en silencio. La mano de él se tendió hacia ella, que rechazó la caricia. La mano del hombre se retrajo como dolorida. Claudio sintió un instante de desamparo, y el sexo, pequeño monstruo adosado a su cuerpo, volvía a endurecerse. Si Viviana entendiera, si Viviana escuchara, se dijo Claudio. Y en silencio recordó cuando le dijo a Marta que él no besaba a Viviana al hacerle el amor, la sonrisa como de extravío de Marta y, después, los besos de Marta como nunca, su boca derramada, el olor asperodulce, Marta caliente ofreciéndole la lengua el sexo empapado, vení, entrá, el sexo de Marta conocido, dulce, callaba Claudio ante Viviana y calló que Marta, bajo él, de pronto le sostuvo la cara con las manos: "Salí". El no entendía. "Salí, te voy a contar algo", Marta se desprendió de él con un movimiento brusco que le hizo doler y le contó, ella le contó del profesor, de cualquiera de los que hacen gozar a una mujer, no como vos, ¿sabés?, sonrió Marta. Ahora andate con tu puta, dijo Marta.

Las manos de Claudio volvían a aferrar el volante inmóvil. El se tensó hacia Viviana; que ella, mujer, lo rescatara, pero ella estaba muy lejos, contra la puerta. Claudio no le veía los ojos. Una ráfaga de lluvia golpeó el auto. Claudio volvió a querer una caricia, ella no ofreció la mejilla, y entonces él sintió furia; el monstruo latía entre sus piernas como un hueso ajeno. Claudio tomó a Viviana por los brazos, ella sintió la lengua de él sobre su boca y sólo por respeto a la desesperación del hombre lo aceptó por un momento, y lo apartó con suavidad. El estaba de nuevo solo frente al volante. Miró a Viviana. Llevó firme la mano a la nuca de Viviana y trató de guiarle la cabeza hacia abajo hacia él, el hombre necesitaba curar su humillación poniendo labios de mujer al servicio del pequeño monstruo, pero ella lo rechazó, no lo entendía, lo dejaba solo bajo los golpes de tambor de la lluvia, el hombre quiso obligarla y ella se sacudió airada, la nuca rígida, con asco, ella, la portadora, la puta, se dijo él, puta, gritó él, y Viviana abrió la puerta y se fue en la noche y en su lugar entró la lluvia fría. Claudio puso en marcha el auto que giró empantanado. Viviana corría por el bosque negro mientras Claudio, entre sollozos, tirado sobre el calor que ella había dejado en el asiento, obedecía al monstruo en soledad. Ella corría junto a un paredón bajo la lluvia fina, hasta llegar a la avenida de trazos de luz y el puente y el carrusel, donde ella alza la cabeza hacia la música y las luces, y arriba una nena, con caballo sube y baja entre las piernecitas, agita su mano como si saludara a Viviana que la desconoce.

(Continuará.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA

• Once por Once

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1					■						
2				■							
3						■					
4							■				
5	■								■		
6		■		■				■		■	
7			■								■
8					■						
9						■					
10								■			
11							■				

AYUDAS: BOS, ERAL NILAD

VERTICALES

1. Grasa de la leche./ Polvo amarillo que se encuentra en abundancia en el desierto (pl.).
2. Mancebo, adolescente./ Atribuye a alguien una función más importante.
3. Vaso para sal./ Avalancha.
4. Población de Chad./ Término fijado.
5. Pagar con dinero./ Entregas.
6. Ante Meridiano./ Similar./ Nota musical.
7. Pastel sagrado que los griegos ofrendaban a Diana y Apolo./ Lista de nombres.
8. Liaba./ Resonancia.
9. Unidad de fuerza./ Despojar.
10. Garantiza./ Cerro aislado que domina un llano.
11. Curaba./ Especie de cerveza inglesa (pl.).

HORIZONTALES

1. (Elliot) Protagonista de "Los Intocables"./ Rinoceronte (pl.).
2. Asociación de Fútbol Argentino./ Que produce emoción (fem.).
3. Máquina para tejer./ Curan.
4. Arbol de copa cónica (pl.)./ Proyectil.
5. Motiva, provoca./ Prefijo: separación.
6. Quiero apasionadamente.
7. Símbolo del renio./ Que precede a los demás en orden, tiempo, etc.
8. Res de entre uno y dos años./ Justa, legal.
9. Arbol nacional de Filipinas./ Nuevo o principiante.
10. Afilada./ Removí la tierra con el arado.
11. Suave./ Dios griego del amor.

SOPA DE LETRAS

Encuentre en la sopa 15 palabras referidas al tema de las emociones. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

A	E	A	L	E	G	R	I	A	L	D	C
C	N	O	I	D	O	R	O	M	A	E	E
A	O	D	U	T	I	T	A	E	B	D	L
L	J	I	A	I	T	S	U	G	N	A	O
M	O	R	O	L	O	D	L	A	R	I	S
A	P	A	Z	E	N	V	I	D	I	A	L
O	T	N	E	I	M	I	R	R	U	B	A
D	A	D	E	I	S	N	A	N	E	P	O

SOLUCIONES

SOLUCION 2981

"Al dedillo." Modismo.